

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año I

MURCIA.-Jueves 27 de Septiembre de 1906

Núm. 24

Publicidad

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES

A PRECIOS SEGUN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS

DEBEN DIRIGIRSE

AL DIRECTOR GERENTE

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

HORRIBLE CATASTROFE

Víctimas y extragos de la Inundación

Realidad horrible

La sombría realidad fué más allá de cuanto pudiera imaginarse. Todo el paoroso luto de la nube asoladora, como tremenda maldición del cielo, cayó sobre la tranquila quietud de un pueblo confiado, y en las sombras de la noche, recatándose en el misterio, hirió implacablemente á desdichados ancianos, á inofensivas mujeres, á inocentes niños. El pueblo que antes era vida, abierto á todo impulso generoso, hoy, envuelto en las pestilencias de un fango antihigiénico, yace aplastado por el peso horrible de su desventura, por la fatalidad que se encarnó en él cuando todo peligro parecía imposible y cuando toda ilusión encontraba sitio apropiado donde encarnar.

Hay que ver el pueblo encharcado, las calles encenagadas y los cientos de edificios hundidos para formarse una idea aproximada de la avenida; y hay que ver los cadáveres de los infelices ahogados, las madres que lloran á sus hijos los hijos que lloran á sus padres, los hombres que buscan á sus hermanos, los padres que preguntan por sus hijos y mujer, para comprender la magnitud horrible de la desgracia que convierte en día de luto regional un día desapacible, en el cual la muerte batió sus alas sobre la ubérrima vega de Murcia y puso en la pobre y sufrida Santomera la horrible marca de su paso por la provincia.

Después del grave despertar de la avenida anterior, la desgracia inmensa de Santomera viene á completar la lista de horrores del año corriente. Nadie recuerda en la provincia desgracias tales ocurridas en el breve espacio de 15 minutos. En la riada del 79, si el número de víctimas fué mayor, también la avenida se sostuvo horas y horas, rindiendo por el cansancio á los que no pudo vencer por la sorpresa. Aquí no puede decirse otro tanto. El breve interregno que medió entre la crecida y el descenso en las aguas de rambla Salada, fué tan chico, tan pequeño, que apenas hubiera alarmado al vecindario á no venir oculto por el tenebroso manto de la media noche. Los horrores de la inundación fueron rapidísimos, inmediatos; sus periodos máximos pueden señalarse en los tres minutos primeros. Si después de éstos la misma horrible realidad que produjo la avenida hubiese desecado las casas, las calles y los huertos, sobre el sucio barrizal del suelo, medio cubiertos por el fango, el mismo doloroso y lamentable cuadro hubiera observado la mirada: veinte y tantos cadáveres de infortunados huérfanos.

Mas no para ahí la tragedia. A las desgracias personales, tremendas é irremediables, se unen los inmensos perjuicios ocasionados en los intereses populares, que aunque de indole menos elevados no por eso se dejarán sentir en grado más pequeño. Almacenado lo que constituye la principal riqueza de la vega, las bolas de pimiento y el trigo, la inundación se ha llevado la esperanza de muchos hogares, amenazándolos con un invierno de miseria á causa de la desaparición de la cosecha de ambos productos, que constituían toda su fortuna.

Ahora, después del peligro experimentado, para completar la desesperación de esos infortunados labriegos, el pícaro fatalismo que pesa sobre la provincia murciana pone en los labios de todos y en el cerebro de los perjudicados las

mismas palabras: hambre, desesperación y miseria.

La caridad jamás desmentida de los murcianos debe acudir inmediatamente en socorro de los comprovincianos afligidos y hacerles ver que, cuando el azote de lo inexorable aflige, cuando la desgracia se ceba en los menesterosos, cuando la fatalidad se muestra de manera terrible y cuando toda fortuna parece sueño, la caridad, esa hija bendita del cielo, vierte sus consuelos en los corazones llagados por las fuerzas sombrías de la implacable: el buen nombre de Murcia está interesado en ello.

En Murcia

Últimas noticias de anoche

A última hora, se restableció anoche la interrumpida circulación de trenes.

El Requerón, según telegrafían los aldees de los pueblos por donde pasa este canal, sólo llevaba ayer tarde un metro de agua sobre su nivel ordinario.

Esta madrugada se ha reproducido la tormenta en la parte de Levante, y el agua ha caído en abundancia.

El telégrafo, aunque dificultosamente, ha funcionado durante toda la noche. Las escalas que se hacen en este centro son causa principalísima del retraso con que se cursa el servicio.

Las últimas noticias recibidas anoche de los pueblos perjudicados por la tormenta, acusaban relativa tranquilidad.

En Lorca, al oscurecer, se cerró una compuerta del pantaño, y las aguas decrecieron sensiblemente. En el Segura, el descenso de las aguas se hizo más notable en las primeras horas de la noche.

Sin embargo, publicamos las noticias recibidas con anterioridad á esto.

Periodistas

Para completar la información de ayer tarde, esta mañana nuevamente dos de nuestros redactores, los señores Vivero y Piqueras han marchado al pueblo de Santomera.

En Santomera

La mayoría de los sucesos desarrollados son conocidos ya del público, pero aún existen algunos que no han sido relatados y que conocerá el lector en el curso de esta información.

La noche pasada

La alarma del día de la inundación continuó anoche.

Desde muy temprano, como anteanoche, las nubes se situaron encima del pueblo, comenzando á diluviar.

Los habitantes estuvieron toda la noche en la calle haciendo frecuentes viajes á las inmediaciones de Rambla Salada para ver si las aguas aumentaban.

Hubo momentos en que pareció que el escaso caudal del cauce aumentaba é inmediatamente corrió la voz del peligro.

Los vecinos salían por grupos, dispuestos á marcharse de la población al primer anuncio; pero observado bien el cauce, se notó que el peligro no existía de momento.

Entonces comenzó á renacer la tranquilidad, aunque no por entero.

La lluvia

La lluvia que descargó anoche allí fué de consideración.

Sin poder igualarse á la de los otros días, esta fué torrencial.

Las calles, por falta de medios de salida, se inundaron enseguida, alcanzan do las aguas palmo y medio.

También esta mañana á las diez y á las doce y media, descargó nuevamente el aguacero, pero sin la potencia de antes.

Las nubes no abandonan aquellos contornos. En todo el término de Fortuna, Monteagudo y Santomera, con pequeños intervalos, se repite la lluvia.

Los hundimientos

A causa de la lluvia, durante toda la noche se han producido varios hundimientos.

Las casas, resquebrajadas por la tormenta pasada, no han podido resistir.

Se han escuchado frecuentes golpes de las paredes y de los techos que se hundían.

El alcalde y el teniente de la guardia civil Sr. La Torre se han multiplicado, dando acertadas órdenes. Se han pasado casi toda la noche en vela evitando que ocurrieran desgracias.

Los vecinos de las casas que amenazaban ruinas prevenidos á tiempo, abandonaron sus domicilios.

Se han contado diez hundimientos en la noche. En la mañana sólo ocurrió uno. De paredes que se vinieron al suelo ó de techos que concluyeron de desplomarse, no se puede contar el número.

Tierras inundadas

Por las lluvias de anoche y esta mañana se han inundado muchos terrenos.

A ambos lados de la carretera del pueblo no se puede decir cuantos son; basta con decir que lo están todos.

En la cuesta del Ciego hay un olivar inundado y en todos los olivares del camino grandes charcas, que amenazan convertirse en focos infecciosos.

A la entrada del pueblo hay un gran charco, en el cual vienen á limpiar sus muebles los vecinos de Santomera.

Las aguas de la calle Mayor aún no están desecadas, así como tampoco en el huerto de San Antonio y de la viuda de Murcia.

Los muertos

Anoche á las siete y media se dió sepultura á los cadáveres de los ahogados.

Identificados ya, se conocen sus nombres. Estos son: María Zapata Morga, de 75 años; María Ayllón Martínez, de 38; Juan y José Andujar Ayllón, de 4 y 1; Antonio Verdú Rubio, de 22; Olaya García Campillo, de 15 días; Antonio Díaz Martínez, de 85; Antonia Díaz Lopez, de 39; su hija, de 15; Juan Ortega Córdoba, de 6; José Maúel Sanchez Córdoba, 4; Pedro Martínez. Espejo, 3; María Rosario Díaz Muñoz, de 6; Josefa Brocal Muñoz, de 84; Carmen Córdoba Brocal, de 50; Antonio Andujar Perez, de 36; Antonio Andujar Lopez, de 4; María Andujar Lopez, de 15; María Boluda y dos hijas; Antonio Soto García, de 13; Concepción Soto García, de 3; Joaquin Soto García, de 5 meses; Antonio García Campillo, de 2 meses y Josefa Rubio (a) la Chanza, de 70.

Desaparecidos

Han desaparecido del pueblo varios vecinos que se sospecha perecieron ahogados.

El número de estos se hace ascender á siete.

De los conocidos se saben los nombres de tres: dos hijos de María Boluda y Amparo de San Nicolás, de 13 años

Se sospecha estén en el huerto de San Antonio y en el olivar de enfrente.

Heridos

Han resultado heridos las siguientes personas: la madre y la hija de Antonio Verdú, ambas en la cabeza; Dolores Sánchez, en la cabeza y en una pierna, pues se hundió su casa estando ella dentro (ésta perdió el marido y á dos hijos en la inundación); Mariano el Portillo, con erosiones en la espalda (á éste se le desplomó encima la casa y se le ahogó una nieta); Josefa Córdoba, con ligeras erosiones (se le ahogaron dos hijos y está enferma á causa del susto); la hija mayor de Juan Verdú (á éste se le ahogó un hijo); la tía Ranrana, herida en la cabeza (á ésta se le ha perdido una nieta de 14 años); Antonio Campillo (a) Manco (éste fué arrastrado dos kilómetros por las aguas) y una hija de este, herida en un brazo.

Socorros

La miseria es extrema en Santomera. Las tiendas están vendiendo en abundancia á crédito.

Las alpargatas se venden á centenares.

Los artículos de primera necesidad se expenden en la misma forma.

Hoy se han repartido 3.000 libras de pan.

Anoche, por falta de este artículo, los hornos de las cercanías amasaron en abundancia. Hubo algunos como el de las Peñicas que á la una de la madrugada tuvieron que hacer dos hornadas especiales.

Salvamentos notables

A los dos que dimos ayer, hay que añadir varios más, dignos de ser coacodados.

Quando la avenida era mayor, en una calle del barrio de las Máscaras se encontró entre la corriente un pobre imposibilitado, José Díaz Nicolás, que con ayuda de sus muletas intentaba salvarse.

El agua lo arrolló, llevándosele las muletas. Entonces el hombre, viéndose perdido, pidió auxilio, pero nadie acudió á sus llamadas.

En aquel preciso momento, cuando ya desesperaba de salvarse, gritando vió como sobre las aguas flotaba un cuerpo. Se precipitó hacia allí y se asió del objeto flotante: era una niña de cuatro años.

Compasivo hasta no poder más, el inválido, mostrándose digno del nombre de persona, se echó sobre los hombros la preciosa carga y nadando, andando y agarrándose á las paredes, consiguió llegar á sitio seguro.

Desde el sitio en que encontró á la niña hasta aquel á donde arribó hay unos 200 metros.

Eran cerca de las dos de la mañana y era general el temor, cuando una comisión de vecinos, salvando gentes, llegó á un sitio donde hacia falta su auxilio. Sobre varios colchones tendidos en unos zarzos, á merced de la corriente, flotaban una mujer y dos niños.

Llegó el zarzo á una confluencia y en el momento preciso en que se hundía, la comisión consiguió salvar á los naufragos.

Con exposición evidente de sus vidas, tres vecinos en el barrio de la Mota, oyendo gritos en una casa derrumbada, se precipitaron hacia ella, salvando á tres personas.

Igual aconteció en cinco casas más del mismo barrio.

En el de las Máscaras, abriendo boquetes en los techos y paredes, se salvaron 43 familias.

De las «cadenas» de las barracas, en veintitantas de estas, fueron recogidas 59 personas.

Junta de damas

Viendo la inmensa necesidad de los damnificados, las señoras más principales de aquellos contornos han formado una junta de socorro.

Esta se compone de las señoras doña Concepción Rebagliato, viuda de Murcia, D.^a Pilar Soler Portao, D.^a Josefa Vinadel de Carles y D.^a Soledad Soler Portao.

Los servicios que presta esta junta son grandísimos, siendo muy aplaudidos por todos.

LA CRUZ ROJA

Sección de señoras

La sección de señoras de la Asociación de la Cruz Roja, ha acordado procurar el socorro de los pobres perjudicados en la catástrofe de Santomera, dando así cumplimiento á uno de los fines de la Asociación, á cuyo efecto acude á los generosos sentimientos del pueblo de Murcia suplicándole remita al domicilio de la Vice-presidenta que suscribe, San Nicolás, 24, cuantas ropas usadas, bien sean de hombre, mujer, niño ó de cama que tengan la caridad de donar para aquellos infelices.

Los donativos habrán de hacerse hasta el sábado 27 por la noche.

Murcia 29 de Septiembre de 1906.—La Marquesa Viuda de Río-Florido.

Las autoridades

Estas han rivalizado en celo y actividad.

El alcalde Sr. Borreguero y el teniente de la guardia civil Sr. La Torre han estado en los sitios de más exposición.

También se han distinguido muchísimo el médico titular Sr. Gallano, el otro médico Sr. Jimenez y el farmacéutico Sr. Perez Verdú, á los cuales se les aplaude calurosamente.

Causas de la catástrofe

Es creencia general que la avenida, si no hubiera existido el muro del huerto de San Antonio, se hubiera reducido á nada. Pero como esta pared impidió en los primeros momentos que el agua se precipitara por un declive de ocho ó diez metros, se extendió en el pueblo.

En caso de no haberse roto, el agua hubiera alcanzado en el pueblo seis metros.

Rambla Salada

Hoy llevaba metro y medio de agua. Se temía que con las lluvias aumentara, pues en este caso, con media vara de subida, la avenida se hubiera reproducido.

El agua del huerto de San Antonio está casi extraída, habiéndose dado órdenes para que hoy se continúe y proceder á un registro en el barro.

Varias noticias

Quando el Sr. La Torre penetró en el cuartel por una ventana para salvar las armas, comenzóse á desplomar el edificio, saliendo con gran exposición.

En la hacienda de D. A. Brugarolas hay arrancados y detenidos 200 olivos.

